

No te doblegues ante tu enemigo; a tu contrario lo debes de tratar con la misma energía que él te tratara. Si te sientes débil, caerás en sus tupidas redes.

RENOVACION

ANO XIII :: Fundada por la Sociedad de Tipógrafos :: PUBLICACION SEMANAL :: Dirigida por un Consejo de redacción :: NUM. 507

El producto de la suscripción de este periódico, está destinado a favorecer a los tipógrafos sin trabajo. || Jaén 2 Mayo de 1938 || Todo por la clase y para la clase. Ayúdame y te ayudaré. No abandones la causa común. Defiéndela.

Y murió lejos de aquí... Plato de guerra al día

No puedo sustraerme a la invitación, aunque no hacía falta. Vengo —me dice el camarada Fuentes, director de RENOVACION—, a que hagas unas líneas para nuestro periódico en memoria y recuerdo de Morales Robles.

En otro caso que no hubiera sido este concretamente, yo habría tenido para mí dicho camarada una afable excusa, eludiendo el requerimiento. Recientes íntimas desgracias de familia, tienen mi ánimo en constante conturbamiento, mi alma desolada, maltrecha, y mi cerebro ha dejado de ser el fiel esclavo de mi voluntad, en un tránsito sin horizonte.

Ya sé yo muy bien que casi lo único que ha guiado a mis jóvenes amigos de RENOVACION al encargarme este triste menester, esta despedida de por siempre al camarada Morales Robles, estriba de modo definitivo, y no a otra cosa, al público conocimiento de mi larga vida de luchador a su lado, al constante ayuntamiento que nos hermanó y ató en contra de las injusticias sociales y de las oligarquías políticas ya desaparecidas por suerte, rebeldías que germinaron en nuestros corazones desde muy jóvenes y que fueron acrecentándose a medida que nuestra conciencia política y de clase iba aumentando en volumen consciente, formándose para más altos y responsables menesteres...

La noticia la he recibido en plena calle:—¿Te has enterado que Morales ha muerto?... Así, con ese laconismo tajante, abrumador, incompasivo. No he contestado siquiera al amigo que tan mala nueva me acaba de comunicar, y he continuado mi camino. ¡Qué Morales ha muerto!... ¡Si parece cosa increíble! Por desgracia no lo es. Es una terrible realidad.

Apesar de ello, yo sigo pensando que eso no puede ser, que eso no debe de ser... Y ha muerto lejos, muy lejos de su pueblo, de su primitivo hogar, sin que sus amigos, que son legión admiradora, de sus

bondades, de su integridad política sin tacha ni mácula alguna, de su liberalísima ciudadanía, idas con él para siempre, hayan podido rendirle el último infinito tributo a sus restos.

¡Morales!... ¡Qué de evocaciones y recuerdos trae a mi memoria el nombre de este veterano y gran luchador! Juntos empezamos a recorrer—yo, un poco más temprano—, la senda marcada por nuestra voluntad y por nuestro liberal sentimiento, senda erizada de formidables obstáculos, emboscadas y asechanzas, a uno y a otro lado de la cual, el enemigo, parapetado y oculto en su propia impotencia—y eso que era y lo significaba todo, el poder y la fuerza, la justicia y el mando—, nos descargaba golpe tras golpe, que algunas veces acusábamos en procesos y persecuciones encarnizadas.

Si en todos los tiempos las ideas liberales crearon y crean hombres que las personifican dignamente por su consecuencia y honradez, el nombre de Morales hay que catalogarlo en las primeras páginas del historial que perpetúe los nombres de aquéllos.

¡Tiempos heroicos los de entonces, en que llamarse o ser socialista era tanto como extender y suscribir uno mismo el auto de procesamiento y prisión!

¿Hablar yo de su labor al frente de la Alcaldía de Jaén? Mucho y muy merecido se ha hablado y escrito sobre ella, pero yo, que la observé muy de cerca, ¡y tan de cerca!, pudiera traer aquí rasgos íntimos de ella, desconocidos para muchos, inéditos para casi la totalidad de las gentes, todos, todos ellos en su noble egoísta afán de beneficiar a su pueblo, al Jaén de sus sinceros amores, y a la familia proletaria, que tuvo en él siempre un esforzado defensor, sin aparatos teatrales y sin más retórica y elocuencia que los hechos, los hechos que él sabía transformar en obras prácticas y positivas en obsequio de aquélla...

El organismo de Morales esta-

Pretender que la guerra mundial en marcha desde el 19 de julio no atravesase los Pirineos y los Océanos, que el incendio no rebasase la piel de toro, es tan equivocado y egoísta como creerse por Francia e Inglaterra que cuanto a más nos toque la guerra a nosotros, les va a tocar a menos a ellos. Será todo lo contrario.

Mientras tribus de Alemania y Africa apuntan a Francia desde el Pirineo, tiene ¡por fin! razón Francia para decir que Africa empieza en los Pirineos. Ahora puede decirse más: que Africa, del brazo de Alemania, ha llegado hasta los Pirineos y van sobre Francia.

ba quebrantado, su naturaleza, aparentemente férrea en estos últimos tiempos, pasaba por una crisis grave, estaba casi en quiebra. Una dilatada e intensa labor de muchos años, trabajando por la Causa, exponiéndose y dándolo todo por ella, abatió al titán cuando aún se esperaba de él nuevas y sanas proezas, saludables y estimuladoras emulaciones...

Si a los profanos nos fuera dable adentrarnos fácilmente en el campo sabio de la ciencia, yo asaltaría éste, y con el balbuceo torpe de mi ignorancia, llegaría incluso a apartar la materia inerte, destruida, del bien llorado Morales, hasta llegar a tocar suavemente esa viscera que tuvo en vida por corazón, auscultándole con inquisitiva mirada, con ansias de profesional celoso de su alta misión, en la certeza casi absoluta de que encontraría en ella señales evidentes, signos sintomáticos de que el ritmo normal de ese corazón habíase visto forzado, dolorido y angustiado por ajenas causas, a acelerar su marcha con grave detrimento de su natural función...

¿Escéptico Morales? Nunca. Fué un convencido y un entusiasta propagador de las teorías colectivistas, un verdadero enamorado, un iluminado mejor dicho, de la escuela marxista, colocado siempre en

Todo lo que vaya contra la unión antifascista, fascismo es, sin posible disculpa. En el antifascismo, en la lucha contra esa lepra no hay números heterogéneos. Y todos los homogéneos deben estar sumados unidos. La neutralidad, como la casualidad, es una mentira. A un lado, o a otro, con un abismo por medio.

«Divide y vencerás». Lema jesuítico. ¡Que nadie caiga en la flaqueza o aberración suicida de hacer «el caldo gordo» a los jesuitas. ¿Divisiones? Solo las que se formen con Brigadas. Hagamos divisiones sumando, pero no dividiendo. Si quien frata de matar debe ser muerto; quien intente dividir merece ser dividido.

el vértice moderado de su interpretación y propaganda.

Como su corazón, quizás su alma sufriera al unísono de aquél, azotada por las pasiones de los hombres, sin freno contenible para su malsana expansión...

Una intimidad, que no lo es para muchos; yo discrepé, de él para mí, en diferentes ocasiones, al enfocar la objetividad de los múltiples problemas que se nos presentaban, o nos creaban, más de ésto que de lo otro, los que veían con rabia mal contenida, y hasta con estupor, el holgado desenvolvimiento de nuestra actuación política, de la honradez de nuestros propósitos, plasmados en realidad vivida por todos, en el manejo de los caudales públicos, como tan certeramente ha expresado el camarada Campos Perabá, en obsequio de la comunidad pública y en merecido beneficio de nuestros hermanos los trabajadores. Tuvimos hasta nuestras querellas, hijas legítimas de nuestra contextura temperamental, pero en el fondo transparente de aquéllas, no había otra cosa que una noble propia emulación, el deseo ardiente de superarnos a sí propios en justa y rendida pleitesía al pueblo trabajador a quien nos debíamos.

A su memoria rinde este pequeño y humilde homenaje.

Moreno Martínez.

No esperemos nada de nadie

¡Nosotros, nosotros y nosotros!

La dolorosa impresión de veintidós meses de guerra nos enseña, mejor que ninguna otra cosa, lo que debemos esperar del extranjero.

La tragedia en que nos ha metido la traición sólo nosotros mismos podemos resolverla. ¡Como hemos resuelto el problema de estructurar un Ejército y de disciplinar la retaguardia, y de improvisar una industria de guerra, y de hacer tantas otras cosas que parecían imposibles!...

Hemos conquistado la opinión universal. A los pronunciamientos favorables a nuestra causa en la Cámara de los Comunes siguieron los del Parlamento francés. En todos los medios políticos y sociales y científicos de Europa y América se nos da la razón y se nos prometen asistencias y se reclama de los Gobiernos el armamento embargado al Poder legítimo de la República Española. Nuestro derecho es tan indiscutible como indiscutido. La solidaridad que debe unir a los Gobiernos legalmente constituidos no puede negarnos lo que necesitamos para dominar la facción, sublevada en armas con el apoyo de Alemania, Italia y Portugal, firmantes del pacto de no intervención.

Pero también Etiopía tuvo análogos pronunciamientos de la opinión mundial. Y algo más que pronunciamientos; porque tuvo asistencias que nosotros no hemos tenido en la Sociedad de Naciones. Ginebra intervino entonces e impuso sanciones al agresor, en parte no aplicadas porque Francia entonces mantenía con Italia las buenas relaciones que quiso mantener siempre con todo el mundo. ¡Así paga el diablo a quien bien le sirvel...

Por encima de todos aquellos pronunciamientos, continuó la invasión de Etiopía, hasta llegar a anexionársela. Más todavía: hasta llegar a ser prenda de la paz europea y garantía de un empréstito al «non nato» imperio del fascismo italiano. ¡Valen mucho, sin embargo, los estados de opinión mundial! Son los que triunfan en definitiva. No perecen, como las poblaciones civiles, bajo las bombas de la aviación, ni pueden ser exterminados como los combatientes cuando estos están en inferioridad respecto al enemigo. Pero no basta por sí sólo un estado de opinión mundial para contener la agresión del fascismo. Para esto

hace falta poder oponer la fuerza de la democracia a la invasión fascista...

Y éste es el «caso de España». Tiene que ser obra de los españoles mismos la liberación del territorio invadido. Tiene que serlo como lo está siendo. Y como lo será más intesantemente en días sucesivos. Las democracias de Europa tienen mucho que conservar. No están propicias a perderlo todo—¡ni siquiera una pequeña parte de lo mucho que tienen!—por apoyar el derecho contra la fuerza; por restablecer el derecho internacional violado; por afianzar la libertad que tienen los pueblos para disponer libremente de sus destinos. Esto lo apoyan teóricamente, doctrinalmente; pero no quieren ser el gendarme de la civilización europea. La hegemonía de Europa, sí; porque son los más fuertes; pero a beneficio de inventario.

Saben de sobra que nuestra salvación sería la de las aludidas democracias; pero no quieren precipitar los acontecimientos. Aun tienen la esperanza de que todo se arregle sin disparar un tiro. Y hacen la consabida política de meter la cabeza debajo del ala. Y con España, como con Etiopía, se limitan a lamentar lo que pueda ocurrir...

¡Pero España no es Etiopía! España, que pudo rechazar la invasión de Napoleón, podrá también imponerse a estos otros napoleones de vía estrecha que han invadido su territorio nacional.

¿Qué hace falta para ello? Lo ha dicho muy elocuentemente el Jefe del Gobierno: trabajar, intensificar la producción, fabricar cañones, motores de aviación, máquinas de guerra, ¡hasta superar lo que pueda producir el enemigo!

«Ganará la guerra—ya lo dijo Prieto en los primeros días de la sublevación—quien tenga más aviones y más cañones». Después añadió: «...quien tenga mejor retaguardia».

¡Exactamente! La mejor retaguardia es la que más trabaja; la que más produce; la que pone en manos del combatiente las armas necesarias para triunfar. No se ganaría la guerra en los campos de batalla si antes no se hubiera ganado en los campos, en los talleres y en las fábricas.

En el Café Ideal Bar
SERVICIO ESMERADÍSIMO
BERNABÉ SORIANO :—: JAÉN

El secreto de la prisa de Italia

El «imperio», se desmoraliza en Abisinia

Según correspondencia enviada por un residente francés de Djibouti, se han podido conocer detalles interesantes y por demás elocuentes acerca de las actuales condiciones de penuria que está atravesando Abisinia. Declara el comunicante que, pese a la rigurosa censura establecida por los italianos con el fin de evitar toda información extranjera sobre la situación reinante, no ha podido impedirse, sin embargo, que ésta llegue a ser conocida en Djibouti, ciudad a la que convergen los caminos de Eritrea y la Somalia italiana.

Se sabe así, que los caminos abiertos por los italianos son tan inseguros, que éstos deben recurrir al ferrocarril francés hasta para el transporte de tropas que salen en goce de licencia.

También es utilizado ese ferrocarril para el envío de tropas de refuerzo o de guarnición, pese a la negativa del Gobierno francés de acceder al tránsito de soldados; éstos son introducidos figurando ser campesinos y sus palas e instrumentos de labranza se convierten en armas, tan pronto como pisan territorio abisinio.

Los soldados italianos que regresan de Abisinia evidencian en sus rostros las penurias que han padecido; flacos, enfermos y desnutridos, devoran con voracidad el pan y las legumbres que los nativos les venden en la estación de Djibouti.

Pero, si bien los italianos están desnutridos, los nativos, por su parte, se consumen de inanición y mueren por millares. El país ha quedado virtualmente inculto durante estos dos últimos años, y muchos nativos ya se niegan ahora a trabajar en beneficio de los italianos, o tienen temor de traer sus productos a los mercados, donde ellos no aceptan la lira italiana, no reconociendo otra moneda válida que el viejo «taler» María Teresa.

Los italianos no se atreven a alejarse de sus limitados puestos porque serían inevitablemente atacados si así lo hicieran.

En cuanto al traslado a Roma del mariscal Graziani, el autor de este artículo, declara que es completamente falso que sea por cuestiones de salud.

El mariscal Graziani no está completamente de acuerdo con la severidad y la falta de generosidad con que han sido tratados los abi-

¡Si somos grandes!

Aun nos queda corazón para compadecer a China

Los intelectuales españoles han hecho público el siguiente manifiesto:

«Los intelectuales españoles, hondamente afectados por los sucesos de Extremo Oriente, afirman su solidaridad con el pueblo chino en la defensa del país, de la justicia y de la libertad.

La lucha que se desarrolla en China es idéntica a la que sostiene el pueblo español. China, como España, se opone a las fuerzas agresoras del fascismo, que encarnando los principios más elementales del derecho y la cultura, no retrocede ante la destrucción y el crimen con tal de satisfacer su ansia delirante de dominio.

Los intelectuales españoles consideran que una sola es la lucha empeñada, aunque sean lugares distintos los frentes de batalla, y estiman que una victoria del pueblo español contra sus agresores no será completa (una vez que los valores universales de la civilización se hallan comprometidos) si no se viera acompañada por otra victoria alcanzada en el frente chino y a la inversa.

Persuadidos de que esta afirmación refleja fielmente la realidad, los intelectuales españoles invitan a todos los pueblos libres y a cuantas personas se solidarizan con la causa de la República Española, a favorecer por todos los medios la defensa común de los pueblos chino y español hasta el triunfo de los principios democráticos, indispensables para el verdadero desarrollo de la cultura.

¡Por la unidad eficaz de los pueblos chino y español! ¡Por la defensa de la cultura contra las hordas del fascismo internacional!

Firman Antonio Machado, Pompeyo Fabra, Pablo Picasso, Tomás Navarro, José Gaos, Pedro Bosch Gimpera, José Bergamín, Rafael Alberti, Victorio Macho, Odón de Buen, Carlos Ribas, Emilio Mira, Rafael Sánchez Ventura, Corpus Barga, J. Serra Hunter, León Felipe, María Teresa León, Ramón J. Sender, César María Arconada, C. García Maroto, Timoteo Pérez Rubio, Juan Larrea, Samuel Gil, Arturo Serrano Plaja, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Pla y Beltrán, Luis Lacasa y Victoria Kent.»

En el caso particular del Ras Imru, se ha dicho que el mariscal había rehusado ejecutar la orden recibida de Roma, de fusilarlo, enviando un telegrama en el cual opinaba que era un prisionero de guerra, y que por su bravura había merecido el derecho a recibir honores de guerra y que él, el mariscal, se negaba a fusilarlo como a un cobarde.

Entre el corro de vecinas cotorronas...

Una voz plena de autoridad contra la inquietud

Cuando una persona cuenta a otras algún episodio dramático o peligroso de su vida, o de la vida de los suyos, quienes lanzan exclamaciones, contraen los rostros con muecas y tienen más alterado el corazón son los que escuchan. Parece que el escuchar atentamente, que es, en definitiva, la mejor manera de escuchar, porque demuestra interés y ello es lo que necesita quien habla para continuar, si es comedido y prudente—si no lo es, tanto le da que los oyentes adopten una u otra postura, porque acaba por soltar su «disco»—no presta los tonos precisos al cuadro que se detalla. Y los extremos se precipitan desviándose o adelantándose tanto a los acontecimientos, que el narrador se ve en la necesidad de advertirles que no está en lo más interesante, para que repriman el coro que le hacen. Pues bien; algo por el estilo viene a ocurrir con la guerra. Quien se preocupa de ella en determinados momentos—que bien pudiéramos señalar aquellos en los cuales la radio o la prensa llevan la verdad aprisionada en la prosa caliente de los partes oficiales, cree de inexcusable necesidad el registrar, con sus comentarios—sus temores y sus esperanzas—, cada acción. Tanto cuando nos es favorable como cuando la suerte adversa nos mira, hay corazones—vamos a dejar ese estrépito a los corazones para no molestar gran cosa a los descomedidos que ponen su latir en acelerada marcha o su «ralenti» poco menos que por falta de movimiento, mortal. Y no miran—la atención a quienes les rodean debe ser cosa que les molesta, porque si así no fuera, ya hubieran reparado en que mucha gente no les hace caso—; y no miran, decimos, la conveniencia de guardar sus opiniones, que por personales no pueden hacer otra cosa que desentonar en una apretada masa como la guerra exige.

Viene todo esto a cuento de que, tras veinte meses de guerra, cuando una razón tan poderosa como la sangre derramada debiera sernos experiencia para poner cátedra de prudentes, el bulo tiene aún sus cultivadores. Y rueda. O le hacen rodar, que si las lenguas callaran, aunque el pensamiento siguiera en activo, el bulo no correría. Y en tantas contradicciones y en tantos contrasentidos va, que se oye, no más que en el término de cinco minutos, si tanto tarda uno en encontrarse a dos personas, si hemos

perdido tal cosa o si hemos ganado tal otra. Unas y otras cosas, es lógico, inciertas, porque si así no lo fuera la gente no las sabría; que la gente es portadora pocas veces de la verdad. Con las explosiones fuertes ante el triunfo o con el deprimido ánimo ante el fracaso—el triunfo y el fracaso que nos dicen en la calle—no sería muy descabellado suponer que lo que se proponen los bulistas es acabar, en poco tiempo, con los cardiacos. O renovar—aumentándolo—el número de los existentes, haciendo que por ese mal sean cogidos los que hasta ahora tuvieron el corazón para sus funciones normales, sin que les haya molestado en otra ocasión que en la de estar enamorados.

Y será conveniente decir que la literatura en torno a este asunto está agotada ya. Queremos darla por agotada, se entiende. Que recurros por descontado nos sobran. Y si no tuviéramos bastantes echaríamos mano de quienes tienen reserva de razones. Son—no pueden ser otros—los combatientes. Razones no para exponerlas en público porque si fueran para ese fin perderían a los ojos de la gente algo de su franqueza sino de las expuestas en privado y dichas a quienes no necesitan de ellas para tener plena confianza en el triunfo. Plena confianza que es lo que le falta a quienes llevan el bulo a flor de labio, aunque el bulo que corran sea risueño. Nos escribe un amigo. Y nos dice, desde su puesto señalado por el Mando, esto: «...las adversidades de los pasados días no habrán influido en vuestro ánimo, que tenéis bien forjado en la idea de nuestra victoria: quiero decir, no obstante, que ello no puede significar otra cosa que el natural disgusto de ver más pueblos sometidos al yugo de nuestro enemigo, pero que, salvadas ciertas dificultades que no son del caso comentar, seguiremos el camino de la victoria. Tengo infinita fe en ella. Porque en el peor de los casos, os puedo afirmar que el Ejército—aquí el en que está—se bastaría por sí solo para resistir meses y meses al enemigo, y con ello vencerle».

Y he aquí, pues, a la persona protagonista de lo que se narra—lo que narrará la Historia—aplacando el cotarro de quienes escuchan pegado el oído al altavoz o pendiente de quien lee, en la prensa, los partes oficiales de guerra.

Los más peligrosos

La "quinta" columna

Los más peligrosos no son los italianos, los alemanes ni los moros. A bocados nos los hubiéramos comido si ellos estuvieran solos; pero le acompañan, y es menester decirlo a voces, una caterva de malyados, que sin deber vivir en el solar español, siguen ocultos y emboscados en todo el territorio.

Los italianos, los alemanes, los moros, no son los más peligrosos, no. La quinta columna sí; la quinta columna es la traicionera, la que con la sonrisa en los labios y vendiendo finezas, da la puñalada.

Mucha limpieza se ha hecho, mucho se ha escombrado; pero esta mala semilla se reproduce a cada instante y no puede agotarse por más esfuerzos que se hagan.

Lenguas viperinas, lenguas de hacha, lenguas que debían estar picadas para albóndigas, son las que en la España leal forman los bulos. Unas veces en cafés y en tertulias ensalzan el triunfo de nuestro Ejército; otras veces lo vilipendian.

¡La quinta columna! Se oye el ruido de los trimotores por el cielo de la España leal, por el cielo de la España que hemos defendido y defenderemos a costa de nuestra sangre y de nuestra vida. Los trimotores lanzan bombas contra las poblaciones indefensas... mueren mujeres, ancianos, niños... no se persigue un objetivo. Aquí se trata de asesinar y matar a todos por tal de apoderarse de España y repartírsela entre Italia y Alemania.

¡El derecho de gentes! Asco y angustia nos produce la frase. Aquí no hay derechos de gentes; aquí no hay nada más que la fuerza bruta, la barbarie que, porque el proletariado triunfó en las elecciones, quiere cerrarle el paso. Es el capitalismo brutal.

¡La quinta columna! La quinta columna está emboscada en todo el territorio leal. La quinta columna es más canalla en el momento que oye, ruido espantoso de los trimotores facciosos, porque la quinta columna facciosa infame, canalla, en el momento que oye, ya anochecido, el fragor del combate fascista, se lanza a la calle pistola en mano o desde las azoteas y balcones comienza a lanzar dinamita y metralla sobre los soldados de la patria.

¡La quinta columna! ¡El señor tal! ¡La señora cual!... Si la España leal está infectada de facciosos!... Saben esto íntimos amigos míos... lo sé yo que he dado el pe-

Socorro Rojo Internacional

Ayuda a los combatientes del Este

El Socorro Rojo Internacional, atento siempre a las obligaciones que la guerra impone, ha iniciado una campaña en favor de los camaradas combatientes del Este. Es deber de todo ciudadano contribuir a la misma, porque facilitando a aquellos hermanos medios de resistencia, morales y materiales, lograremos que en plazo breve la victoria definitiva que ha de asegurar el bienestar y la tranquilidad de los nuestros, haciendo posible una era de paz y de justicia, aspiración vehemente de todo antifascista. El primero de los actos realizados con tal fin en Jaén el 14 de Abril último, en que con tanto entusiasmo colaboró la Agrupación de Mujeres Antifascistas y cuyos resultados económicos han sido palpable demostración del amplio espíritu de solidaridad de nuestra capital.

No dudamos que en fechas sucesivas se exteriorice nuevamente, acrecentando si cabe, tan generoso gesto. Entre tanto, recordamos a cuantas personas sientan de veras nuestra causa que en todos los Comités del Socorro Rojo Internacional hay listas de donativos esperando que sus casilleros sean rápidamente cubiertos con los nombres y aportaciones de otros tantos antifascistas.

¡Ciudadanos, coadyuvar a que la provincia de Jaén sea un alto ejemplo de solidaridad con los combatientes del Este!

Socorro Rojo Internacional, Comité Provincial.

PAVONI

LOS MEJORES VINOS
MANCHEGOS EN ESTA
CERVECERIA
TALAVERA, 5 — JAÉN

¡Camaradas!

Leed RENOVACION

cho, el corazón y el alma por la causa de la libertad y de la justicia.

La quinta columna tiene que desaparecer inmediatamente de nuestro solar. El pueblo lo pide. Hágase la voluntad del pueblo.

Juan GARCIA MORALES,

Presbítero

RENOVACION

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Jaén, un mes.1'00 pesetas
Fuera, trimestre . . . 3'50 »
Número suelto, 15 céntimos

PARADOJAS EXPLICABLES

Las concesiones al fascismo inducen a la revolución

Los elementos conservadores fueron siempre, en todos los tiempos y en todos los países, factores de empuje a la revolución. Cuantas veces la intentan los revolucionarios, otras tantas veces fracasan; porque todas las defensas sociales les oponen una resistencia que no pueden vencer. Cuando se logra una revolución—en la mayoría de los casos, al menos—es por alucinación de los conservadores, que tienen la exclusiva de los intereses creados.

El caso de España no deja lugar a dudas. Los revolucionarios, creyendo perdida la República por las impurezas de las elecciones de 1933, se lanzaron a una revolución que fué vencida con una represión cruenta. Los conservadores hicieron con la represión más revolución que los mismos revolucionarios. Con más o menos dificultades, el Gobierno dominó en poco tiempo la revolución.

En 1936, perdidas las elecciones por las derechas, triunfante el Frente Popular, son las derechas las que se sublevaron, con el ejército y la iglesia y la banca y la propiedad a la cabeza. Y es entonces cuando la revolución pasa por encima del Poder público, y si no triunfa catastróficamente, es porque los revolucionarios propiamente dichos se creen en el caso de impedirlo. Parece un contrasentido, pero es una verdad incuestionable.

Lo mismo ocurre en el orden internacional. El «coco» del comunismo, agitado por una campaña infame de los generales sublevados en España, alucina a los dirigentes de las democracias europeas. Y mientras Moscú hace esfuerzos sobrehumanos para que no se desencadene la revolución, son París y Londres, con el tristemente célebre Comité de no Intervención, los que empujan a ella en nombre de los intereses que temen las afirmaciones democráticas, que temen a la misma democracia que los estableció. Y, huyendo de la revolución que lleva consigo toda conflagración, caen en ésta más verticalmente que con la conflagración misma.

Nada tan subversivo en la Gran Bretaña y sus Dominios como las concesiones hechas al fascismo. El

imperialismo de Inglaterra es, sin duda, el más elevado exponente del conservadurismo mundial. Con su City, es el cajero de Europa. No hay interés creado que no esté bajo su custodia. Pues bien: en nombre de todos esos intereses, está a punto de ser el portaestandarte de la revolución mundial.

Convendrá o no a la City el fascismo italoalemán más que las nuevas formas democráticas que pugnan por estructurarse en el mundo; pero es indudable que a las democracias de Europa y América no les conviene la tiranía fascista.

No se puede sacrificar a los pequeños Estados a las codicias de las grandes potencias; no se puede reconocer la fuerza como título de dominio; ni se puede desconocer el derecho que tienen los pueblos a disponer libremente de sus destinos; ni se puede negar la seguridad colectiva después de haberla pactado solemnemente; ni Etiopía, ni China, ni España pueden ser víctimas propiciatorias de las codicias y de las ambiciones de los Estados totalitarios. Tan infame sacrificio tendría una funesta ejemplaridad para los que pudiendo y debiendo evitarlo, no sólo no lo evitaron, sino que lo impusieron.

Todos los Estados centroeuropeos y todas las Repúblicas sudamericanas, acogidos al pacto de seguridad colectiva, se llaman a engaño. Y en el orden moral de uno y otro continente se produce una perturbación tan honda, que pone al borde del abismo a la misma civilización que se quiere defender.

Tan claro como se ve, estudiando sin perjuicios el caso de España, se verá el caso de Europa si llega a predominar la política internacional que hace concesiones al fascio a costa de sacrificios impuestos a los débiles. ¿Es la fuerza lo que se consagra? Pues la fuerza no está en la City, sino en el pueblo.

Podrá padecer alucinación la aristocracia, y tal vez la City, londinense; pero no la padece el pueblo inglés, ni el pueblo francés, que antes que ser entregados al fascismo volverán sus ojos hacia el horizonte revolucionario que el conservadurismo reaccionario les pone a la vista.

No hay opción, españoles

No podemos optar. Es imposible. Estamos entre la muerte y la victoria. Y la victoria sólo puede ser lograda mediante la resistencia. Tenemos que resistir, que defender el arroyo y el río y el prado y el cerro y el monte y el valle y la masía y la aldea y la ciudad y el granero y el bosque y el aprisco y la selva y el barranco. Que hacer pagar carísimo al enemigo cada metro cuadrado de territorio. Que multiplicar los ataques y que prolongar las defensas hasta el extremo límite de las fuerzas humanas. Que sacar del corazón intrépido, insensible al miedo, las supremas energías, y llevar éstas a los ojos que miran serenos al peligro y a las manos que empuñan el arma que vamos a esgrimir...

Sí. No podemos optar. Alvarez de Castro, en Gerona, respondió a un oficial que le preguntaba qué línea de retirada sería la suya en caso de derrota: *El Cementerio*. Nosotros tenemos que respondernos lo mismo, si nos planteamos el problema de un repliegue. Hay que vencer o morir.

¿Que no se puede vencer? Sí, se puede. Y la Historia prueba que los pueblos que supieron decidirse, en el instante supremo, a desafiarlo todo, a afrontarlo todo, a casarse con la muerte, a avanzar por encima de las trombas, vencieron. Ya lo dijo el poeta del *Dos de Mayo*:

*Que no puede esclavizarse
Pueblo que sabe morir.*

Y nosotros sabemos morir. Desde Julio de 1936 murieron, luchando o asesinados por el fascismo, medio millón de españoles. La vida, en nuestro país, dejó de considerarse bien único. La culpa no fué de los republicanos y obreros. La culpa fué de los miserables que para conservar sus privilegios monstruosos no vacilaron en llamar al extranjero y venderle el suelo donde habían nacido.

Quisiéramos que esta verdad se incrustara en todos los cerebros. El dilema que se nos plantea es trágico, pero también de una claridad cegadora. Si somos vencidos, se asesinará a muchos y se esclavizará al resto.

El alemán y el italiano nos tratarán como si fuéramos semitas o abisinios. Unos millares de malos españoles les servirán de cómitres,

Ambiente musical

No podemos por más aplaudir el entusiasmo ferviente que existe en esta capital sobre el arte musical, toda vez que el domingo pasado día 24, ante el anuncio de varios espectáculos que se celebraban para allegar fondos con destino a fines benéficos, pudimos comprobar que la música del Hospicio de Hombres que dirige el competente profesor camarada Eduardo Torres, en el poco tiempo que lleva bajo la dirección de la misma, ha creado una banda compuesta de niños de corta edad perteneciente a dicho Establecimiento que es la admiración del pueblo de Jaén.

Al regreso al Hospicio, tuvo la atención el camarada Torres que la banda en perfecta formación, ejecutara en la puerta de la Agrupación Socialista de esta capital y a presencia de un numeroso público la Joven Guardia, la Internacional y como final un paso doble, que escuchamos con atención, porque las obras fueron ejecutadas admirablemente con sujeción al ritmo musical y con la ortografía necesaria; pues aplaudimos la digna gestión de este profesor que de unas inocentes criaturas, va forjando una educación que a más de sacarlos del ambiente extraño para ellos serán el día de mañana hombres de provecho en la nueva sociedad que se está iniciando en bien de la República.

Hoy más que nunca debemos seguir cooperando con esta misión de la cultura base de hacer una patria grande.

Al maestro Torres, nuestro más sincero reconocimiento por su labor en pró del Arte, vemos en este compañero, un hombre activo y trabajador que merece la gratitud del público en general; como así mismo la Diputación Provincial debe darle un voto de confianza a este hombre fiel a la misión encomendada, que va día por día superando en esfuerzo a la educación de la nueva generación que necesita nuestra República.

Miguel C. de GUZMAN

VISADO POR LA CENSURA

carceleros, espías y cabos de vara. Un colosal rebaño de veinte millones de seres humanos substituirá a la altiva nación que descubrió y civilizó un mundo nuevo.

¡Resistir! ¡Confiar! ¡No pensar en rendiciones! El triunfo es de los que no se desalientan, de aquellos que esperan siempre un cambio de la fortuna mudable.

Somos los soldados del general No Importa.

Y ese general no perdió batalla alguna.